

CONTESTACION AL DISCURSO
DEL D. JORGE CHARPANTIER GARCIA
POR EL D. ARTURO AGÜERO CHAVES

D. Arturo Agüero Chaves

Señores Académicos,

Señoras y Señores:

Esta noche nos hemos congregado aquí, en la sala principal, ya familiar para nosotros, del Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, gentilmente cedida una vez más a La Academia Costarricense de la Lengua, para escuchar el discurso de recepción que acaba de pronunciar hace un momento el nuevo Académico Dr. D. Jorge Charpantier García. Brillante discurso por su forma, generoso por su intención y acertado por su contenido. Así lo esperaba yo, confiado en que nuestro colega subrayaría con él los méritos literarios que se tomaron en cuenta para traerlo al seno de nuestra respetable Institución. Sí, excelente disertación, estupendo ensayo realizado con noble simpatía por un notable poeta sobre otro poeta notable. Juicio acertado y justo de un poeta que pertenece a una escuela contemporánea de poesía, muy diferente a las anteriores, sobre la obra lírica de otro poeta perteneciente a otra muy anterior.

Antes de continuar hablando sobre el colega recipiendario y su discurso considero necesaria una digresión para indicar el sitio que ocupa, en el ámbito poético, uno y otro de los bardos, el que interpreta y el interpretado.

El poeta Jorge Charpantier, desde que dio a conocer su poesía en su libro de 1955, *Diferente al abismo*, se acogió a la libertad de versificación, al "versolibrismo" o verso suelto, para disponer de holgada elasticidad expresiva, "hasta el límite indeciso donde empieza la prosa", —como diría Gerardo Diego—. Y con esta tesitura se ha mantenido hasta el momento. Su poesía, pues, no está expresada en una forma sujeta a la disciplina estrófica tradicional, sino en otra que pareciera estar creándose y recreándose, "una forma interior —como ha dicho el mismo poeta de la Generación del 27— apenas formulable en números, que ha de compensar en cómodo desahogo rítmico la más fiel

adecuación musical al sentido de lo que canta." Desahogo rítmico, ciertamente; sin embargo con ritmo, conforme al ritmo interior, indispensable. ¿Acaso no tiene, o ha de tener ritmo la misma prosa literaria? Esta es, para mí, la forma expresiva en que se aloja, canta y palpita la poesía de Jorge Charpantier, tal es su lenguaje poético. El creacionismo, el surrealismo de Jorge, brota espontáneamente de su intimidad, en la que predomina el substrato espiritual del subconsciente, aunque después del parto no deja de alumbrar la conciencia que lima o borra lo inexpressivo, desecha el lastre insubstancial.

Quizá este poeta, como casi todos los contemporáneos, no tenga muchos lectores, pero esto es obvio. D. Dámaso Alonso escribió con respecto a esto: "Para que el poema —se trata del surrealista— tenga vitalidad, es necesario que un "público", por reducido que sea, pueda suscitar por medio de la lectura una conmoción "receptiva", de sentido semejante a la conmoción "creadora" del poeta". Pero como el mismo Dámaso apunta, suele tropezarse con la sordera del lector, con su incomprensión, porque para entender y sentir esta poesía es necesario tener cierto entrenamiento y, sobre todo, intuición. Dámaso añade que ordinariamente se ha buscado sentido común en esta poesía, pero lo que debe buscarse en ella es sentido poético.

Julián Marchena, en cambio —junto con Brenes Mesén— representa el modernismo en la lira costarricense. Esto es cierto, no cabe duda, pero el modernismo de Marchena podría considerarse moderado, sin las estridencias del clarín ni la musicalidad casi vacía, carente de substancia poética. El de este poeta es un modernismo poéticamente substancioso, como el de Antonio Machado, o como el de Juan Ramón Jiménez en su segunda época de lastres, intermedia entre su poesía "vestida de inocencia", espontánea como el brote limpio de un manantial, y su poesía "pura" ("No lo toques ya más,/que así es la rosa"), que fue su definitiva poesía.

Ya hemos oído al señor Charpantier valorar el contenido poético de *Alas en Fuga*, con propiedad y emocionada simpatía, sin que para ello haya tenido que pertenecer a la misma escuela poética de Marchena.

Ahora bien, señalados los campos líricos de ambos poetas, vuelvo al surco —y al emplear esta palabra pienso en el doble sentido que podría tener si se hubiera conservado el que tuvo en su origen: "surco", en el latín arcaico, se decía *Lyra*—. De modo que vuelvo al surco, o a La Lira, para decir que tal vez alguna persona medio enterada de lo que son los verdaderos valores poéticos podría preguntarse que cómo es posible que un

poeta de filiación tan diferente como la del señor Charpantier haya estudiado con propiedad, simpatía y admiración la obra de otro perteneciente a otra escuela tan opuesta como la del señor Marchena. Inconsiderada pregunta sería esta, porque nada importa que uno hubiera expresado su poético sentir en el llamado verso "esclavo" y otro en el verso "libre", o "esuelto". Sería una pregunta propia de quien ignore que el alma del auténtico poeta vibra con la poesía que esté depositada en cualquier forma expresiva, ya sea en el vaso que contuvo el "bon vino" de Bercco, ya en una ánfora clásica, o en un jarrón barroco, o en una tacita romántica, o en una copa "de fino bacará" modernista... No importa la época, ni el poeta, ni su escuela para buscar, y encontrar esa cosa inefable que se llama poesía. Y he aquí que Jorge Charpantier es poeta, como también lo fue Julián Marchena. Jorge lo es innovador, ciertamente, usuario del verso libre, pero no reaccionario ni torpemente adverso a la poética de una generación anterior a la suya; es poeta, y por eso ha sentido en el alma la sacudida o caricia de la poesía que Marchena dejó en su libro, dormida para que despierte cuando sea leída por quien sepa leer y sentir poesía. Juicio justo el del Doctor Charpantier. ¡Cuán grande habría sido mi alegría si en este momento estuviera presente aquí mi buen amigo y estimado colega D. Julián Marchena! Estoy seguro de que se habría sentido algo así como reivindicado, porque todos sabemos que después de haber publicado *Alas en Fuga*, primera edición no sé qué juicio infame de algún malandrín de la "crítica literaria" asesinó a la musa del poeta y este enmudeció hasta su muerte. Sí, Julián se habría sentido muy halagado por esta reivindicación tan autorizada y consagratoria.

Otra pregunta que podría surgir con motivo de haberse nombrado académico de la lengua castellana al Doctor Charpantier sería, tal vez, para objetar su nombramiento por no estar de acuerdo el interrogante con la filiación estética del poeta, es decir, con la forma de versificar y el lenguaje poético que usa, para él antiacadémico. Pero el torpe reparo quedaría contestado por el mismo recipiendario con la pieza literaria que nos acaba de leer, si es que la persona interrogante padece de sordera para la poesía contemporánea. Por otra parte, si la pregunta envuelve una censura contra la Academia por haber elegido a un poeta de tal filiación, es porque ignora la actitud ecuaníme, ponderada y prudente de las Academias de la Lengua —ecuanimidad, ponderación y prudencia quieren decir inteligencia—. Traeré a cuento, para corroborar lo que acabo de manifestar, lo que dijo D. Dámaso Alonso el 22 de enero de 1950, en el discurso de contestación al que pronunció D. Vicente Aleixandre en el acto de su recepción en la Real Academia Española: "Ni se han conmo-

vido los cimientos, ni se han agrietado los muros de este edificio. ¿Y por qué se habrían de conmover, por qué se habrían de agrietar? La historia de la literatura no es sino una dialéctica, resuelta siempre en composición o síntesis, de nuevo siempre recomenzada. Inmensas obras juveniles, eternamente renovadas, eternamente renovadoras, se precipitan sobre otras aguas, ya serenas (que antes fueron también asaltantes), y con furia incontenible de nuevo las sacuden y en parte las desplazan. Pero el eterno caudal no es sino la suma de lo que se mueve, de lo que bulle, y de lo que está encalmado. ¡Y ay de lo que en arte no haya sido furia alguna vez! ¡Ay de quien no haya sido ola, antes que remanso!" Y en párrafo siguiente agrega: "De esa confluencia nace la vida. Así se hace posible la tradición literaria, que no es polarización y exige procedencia y diferencia. Vedlo en nuestra lírica, porque en poesía lírica (por ser la más alta, la más límpida, la más concentrada de las creaciones literarias) es donde mejor se refleja ese devenir, ese flujo y reflujo de los gustos." Y para concluir esta oportuna cita, permítaseme añadir solamente dos párrafos que dicen: "Una y otra vez, en el transcurso de la historia de la poesía, se repite lo mismo: conflicto entre un gusto nuevo y un gusto viejo... Una y otra vez, un siglo tras otro siglo, hasta lo que ya hemos visto con nuestros propios ojos... Si esto es lo que vemos ante nuestros ojos, ¿será necesario decir cuán recomendable es que las generaciones que ya han pasado el punto medio de la vida procuren vencer esa ley que —testigo la historia— la vida misma parece imponerles, y se esfuercen por comprender el arte nuevo y no se obstinen en volvérselos de espaldas? El hombre maduro, prudente, enriquecido por la experiencia, tanto respetará la última tradición (si no es mala) como la más reciente novedad (si es buena)".

Estas palabras fueron dichas hace más de treinta y cinco años, cuando la Real Academia Española recibió en su seno al gran poeta innovador, surrealista Vicente Aleixandre. Antes habían ingresado ya otros poetas del nuevo año, como Gerardo Diego y el mismo Dámaso Alonso, y después de Aleixandre otros más, como Luis Rosales, Carmen Conde y Rafael Alberti. ¿Acaso no explica esto cuál es la actitud de las Academias de la Lengua ante los innovadores literarios y sus innovaciones? ¿Ante los valores nuevos y los cambios que necesariamente ha de tener la poesía, la prosa literaria y la misma lengua castellana? Muy equivocado estaría quien pensara, que los académicos de la lengua se rasgan las vestiduras por una cosa tan natural, necesaria y provechosa.

La virtud de ser poeta, el tener perenne vocación de ser poeta y de haber obtenido afortunados logros artísticos fue lo que sobre toda cosa hizo merecedor al doctor Charpantier de ocupar una silla en la Academia Costarricense de la Lengua. Pero también había que abonarle otros méritos, como ser catedrático de Literatura y Ciencias del Lenguaje en la Universidad Nacional, profesor invitado por el Instituto de Cultura Hispánica para enseñar Teoría y Práctica del Español y Literatura; haber sido profesor de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad de Costa Rica, profesor de Literatura Universal Comparada, Literatura Clásica, Hispanoamericana, Costarricense e infantil, de oratoria en la Escuela Normal Superior, y de las mismas asignaturas en la Universidad Nacional. En fin, el haber participado en numerosas actividades culturales muy estrechamente relacionadas con la lengua y literatura españolas. Tiene, además, un lote considerable de libros publicados, todos de poesía: tres publicados en Madrid y cinco en Costa Rica, y además tres inéditos.

Justo es, asimismo, tomar en cuenta los estudios realizados y grados obtenidos por el Dr. Charpantier: Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid; Diplomado en Relaciones Internacionales por la Escuela Diplomática de Madrid; Diplomado en Periodismo por la Escuela de Periodismo de Madrid; Licenciado en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional de Costa Rica; además ha desempeñado varios cargos importantes relacionados con la cultura, siempre, y con la lengua española, frecuentemente.

Aún más, considero justo señalar y reconocer la franca y siempre alerta disposición del señor Charpantier de colaborar en toda actividad o iniciativa de carácter cultural, su eminente y desinteresado espíritu de servicio. Por eso ha sido uno de los más eficientes oficiales mayores que ha tenido el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. Y a propósito de lo que acabo de indicar, también considero justo referirme a lo siguiente:

Hace veinticinco años, en el Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en Bogotá, se firmó un Convenio Multilateral en que los gobiernos de todas las naciones hispanohablantes se comprometieron a patrocinar moral y económicamente y a darles sede adecuada a las respectivas Academias Nacionales de la Lengua, y también patrocinio moral y económico a la Comisión, Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española. Este convenio fue puntualmente ratificado por la Asamblea Legislativa y así se convirtió en Ley de la República. Pero fue transcurriendo el tiempo sin que se cumpliera el compromiso contraído, hasta que al fin el año pasado, merced a la

diligencia de Dr. Charpantier y, desde luego, a la buena disposición del señor Ministro de Cultura —nieto del primer Director de nuestra Academia, D. Cleto González Viquez— empezó a cumplirse, por lo menos en parte, con la obligación contraída. Si, merced a las nobles gestiones del diligente Oficial Mayor y a la comprensión del señor Ministro de Cultura, D. Hernán González, se le asignó a la Academia Costarricense de la Lengua una subvención decorosa, se publicó el *Boletín* y el *Anuario* de 1984. Aún sin ser académico de la Lengua, y sin haber sospechado siquiera que lo sería, el Dr. Charpantier procuró el cumplimiento del Convenio Multilateral contraído por Costa Rica en Colombia. ¿Cómo no habría de merecer nuestro nuevo colega el más vivo agradecimiento de todos los académicos de la lengua?

Todas las calidades y virtudes indicadas que distinguen al recipiendario me aseguran que nuestra Institución ha tenido el acierto de haber elegido, a un colega muy valioso, quien colaborará muy activa y eficazmente a realizar las labores que le correspondan. Estoy seguro de que así será.

Termino ya. Considero prudente y considerado concluir esta desgarrada perorata; muy bien intencionada, muy sincera, muy llena de simpatía y regocijo, ciertamente, pero proclive al bostezo. Me falta solamente dar la enhorabuena al nuevo Académico y saludarlo muy cordialmente y con gran simpatía en nombre de la Academia y en el mío propio, y decirle: querido colega, esta Institución se complace mucho en recibirlo; sea usted muy bienvenido, y espero que no esquite los halagos de su musa innovadora, que *per troppo variar poesia é bella*. Usted lo sabe mejor que yo.

He dicho.